

MUSEO UNIVERSITARIO

Colección de Artes Visuales
Programa Enriquecimiento de Colecciones



Paisaje de Valparaíso

Autor: Alejo Santamaría

Técnica: Óleo sobre lienzo

Dimensiones: 1.00 mts. x 80 cms.

Año: 1989



Presentación

Hace diez años ocurrió en Colombia un hecho trascendental: el país estrenó Constitución. Frente a la caduca carta de 1886, se proponía un nuevo modelo que fue recibido con beneplácito y admiración incluso por países a los que muchos consideran modelos a seguir y paradigmas del desarrollo.

Nuestra nueva Constitución prometía revolucionar la nación. No podía ser de otra forma: como una Constitución es el soporte sobre el que se construye un país, cambiarla es un asunto casi tan difícil como extraer y remplazar el esqueleto de un hombre sin matarlo. Pero además había características particulares en la Constitución Política de 1991 que daban a la nueva carta política un aire de rebeldía juvenil.

Mientras que la mayoría de las constituciones se crean en la sumisión, cuando un adversario ha derrotado totalmente al otro e impone sus condiciones, la nuestra era una Constitución de compromiso mutuo, donde se prometía que las distintas teorías, creencias y pasiones encontrarían un espacio. En ella caben tanto el proteccionismo como la libre competencia, la seguridad social y la dictadura del mercado, la integración y el nacionalismo... Las consecuencias de esta interacción entre opuestos están aún por verse: tal vez Colombia se convierta en un Estado esquizofrénico, con instituciones que se contradigan entre sí hasta el punto de impedir toda forma de avance; o quizá Colombia, cuando salga de esta terrible guerra que impide toda transformación política real, cree un Estado donde el desarrollo sea multidireccional, donde no exista ninguna visión parcial que reine sobre las otras, y las realidades económicas se integren con las necesidades sociales y se complementen mutuamente.

Hay, en todo caso, algo claro: es aún pronto para emitir un juicio. Si la Constitución fuera un ser humano, con sus diez años no sería más que un niño que recién empieza a transformarse en adolescente, y las constituciones suelen vivir más que los hombres (a pesar de que sea cierto que entre ellas es alta la tasa de mortalidad infantil). Por eso, diez años son pocos para juzgar una Constitución... No sabemos todavía cómo será cuando madure.

Alma Máter Agenda Cultural no desea dejar pasar en silencio tan selecto cumpleaños. Por esa razón entregamos a nuestros lectores este número, con el que no pretendemos juzgar a la Constitución homenajead, sino estimular la reflexión sobre nuestro presente y las necesarias utopías que necesitamos para crear nuestro futuro.

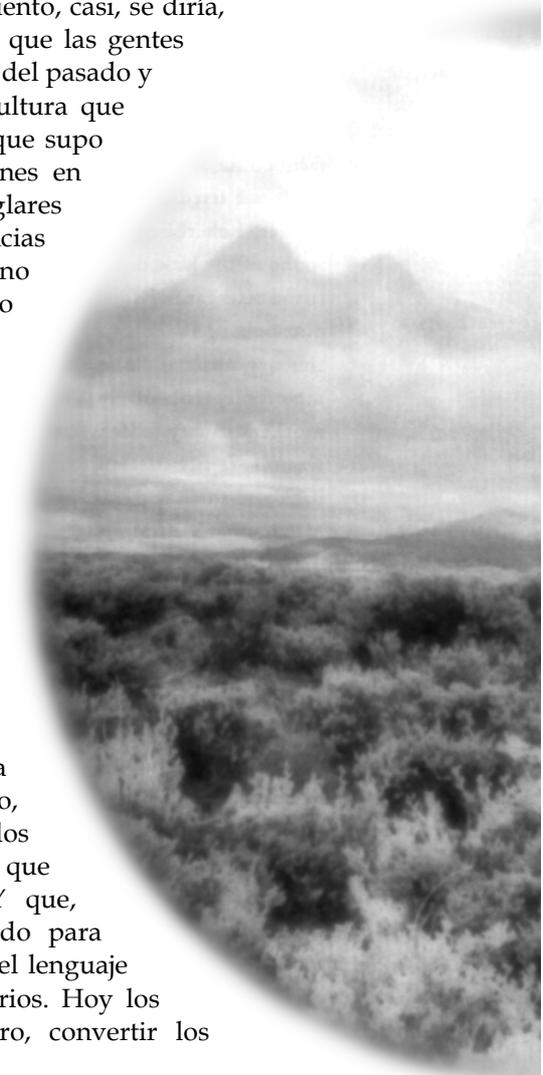
COLOMBIA EN EL PLANETA

Por: *William Ospina*

Al final de su relato *Los funerales de la Mama Grande*, Gabriel García Márquez puso en labios de su narrador una reflexión singular: *Sólo faltaba entonces que alguien recostara un taburete en la puerta para contar esta historia, lección y escarmiento de las generaciones futuras, y que ninguno de los incrédulos del mundo se quedara sin conocerla...* Allí sugiere que la historia debería ser contada en primer lugar por sus protagonistas y sólo después por los especialistas; que la historia, antes de convertirse en densos volúmenes, sea elaborada primero como cuento, casi, se diría, como chismorreos de vecinos, en esas tardes largas y espaciosas en que las gentes comunes gozan amonedando en palabras los dramas y las maravillas del pasado y del presente. Esta actitud hacia la historia es la natural en una cultura que siempre convirtió los hechos cotidianos en tema de sus canciones, que supo exaltar con ternura y con imaginación las situaciones más comunes en símbolos perdurables. Como esos maestros de Gabo, los juglares vallenatos, Colombia necesita convertir hoy las agitadas circunstancias de su historia reciente en relatos festivos y en cantos conmovidos, no sólo para que no se olviden tantos dolores y tantos heroísmos, sino para que el relato mismo sea el bálsamo y el espejo a través del cual dejemos de ser víctimas y nos convirtamos en transformadores de nuestra realidad.

Como ha escrito Harold Bloom hablando de la cultura contemporánea, *nuestra desesperación requiere el bálsamo y el consuelo de una narración profunda*. Que las personas mayores, a las que una cultura frívola relega y olvida, siendo los portadores de la experiencia, la única vía al futuro, nos cuenten cómo fueron estos campos hace seis o siete décadas, antes de que comenzara el viento cruel que dio origen a las ciudades modernas; que nos cuenten cómo se formaron estas ciudades a las que todavía hoy vemos crecer ante nuestros ojos. Que los millones de desterrados que las llenan, que han hecho -aunque en condiciones muy distintas a las planteadas por Fernando González- el *viaje a pie* por el territorio, nos digan la historia reciente, y puedan elaborarla ayudados por los lenguajes del arte. Que narren, que pinten, que actúen, que filmen, que canten la historia heroica y peligrosa de todos estos años. Y que, elaborándola, transformen su tragedia en enseñanza y en sentido para nosotros. Siempre existió en el país esa destreza y ese regocijo con el lenguaje que hizo de los pobladores de los campos narradores extraordinarios. Hoy los recursos múltiples del arte nos permitirán pronunciar el conjuro, convertir los recuerdos privados en múltiple memoria compartida.

Hoy los colombianos somos víctimas de los tres grandes males que echaron a perder a Macondo: la fiebre del insomnio, el huracán de las guerras, la hojarasca de la compañía bananera. Vale decir: la peste del olvido, la locura de la venganza, la ignorancia de nosotros mismos que nos hizo incapaces de resistir a la dependencia, a la depredación y al saqueo. La exuberante Colombia parece haber perdido la memoria, parece haberse extraviado en su



territorio, como esos personajes de Rivera a los que se tragó la selva, y parece haber perdido toda confianza en sí misma, hasta el punto de no creer que haya aquí ninguna singularidad, ninguna fortaleza original para dialogar con el mundo. Es, por supuesto, una mala ilusión, porque el mundo sabe, a veces mejor que Colombia misma, que el país está lleno de originalidad y de

sólo vive en confianza, sólo se constituye como nación solidaria cuando comparte una memoria, un territorio y unos saberes originales. No basta con tenerlos, es necesario compartirlos. La urgente tarea de refundación de Colombia es antes que todo una tarea cultural: debemos emprender una gran expedición por el olvido, pronunciar un conjuro contra la venganza desde las encrucijadas de nuestro territorio en peligro, vivir una original aventura estética, mirando la naturaleza equinoccial, las ciudades nacidas del cruce de la modernidad con la guerra, y explorando las riquezas del mestizaje, para encontrarnos por fin con el rostro y con los lenguajes que definen nuestro lugar en el planeta.

Las cincuenta y dos guerras civiles del siglo XIX, las dos grandes guerras de la primera mitad del siglo XX, y la guerra actual, en la que se cruzan todos los caminos de la modernidad, han tenido como efecto común el cortar sin tregua para los colombianos los hilos de la memoria. La leyenda de la casa perdida vuelve y vuelve sin cesar en nuestras canciones, en nuestras novelas y en nuestros poemas. *La Casa*, iba a ser el nombre original de *Cien años*

de soledad. Ese Paraíso en el que transcurre la *María* de Jorge Isaacs, esa *Casa Grande* de Álvaro Cepeda Samudio, esa turbulenta *Mansión de Araucaima* de Álvaro Mutis, esa idílica *Morada al sur* de Aurelio Arturo, lo mismo que esas casas de nuestro cine reciente, la edificación amenazada de *La estrategia del Caracol*, la casa en ruinas de *La vendedora de rosas*, se exaltan también en un símbolo de las raíces cortadas, del desarraigo y de una amorosa patria perdida.

Debemos interrogar al espíritu de la venganza que nos hizo perder esa patria. Sería una exageración afirmar que aquí se ha borrado el tabú del asesinato, ese tabú que debe estar escrito con fuego en el corazón de toda civilización, ya que es el fundamento mismo de la cultura, pero es verdad que entre nosotros se ha debilitado, y ya no parecen ser las religiones quienes tengan el poder de instaurar de nuevo en las conciencias ese mito poderoso, anterior a la ley positiva y a la sanción moral, que obra sobre los nervios casi como una ley natural. Pero tal vez, como lo hizo la tragedia en tiempos de Sófocles y en tiempos de Shakespeare, el arte sí pueda todavía renovar en nuestros corazones la vigencia de esas leyes profundas, reinscribir en ellos el sentido

lenguajes vigorosos. Pero es necesario que Colombia lo sepa también.

Reconocerse en sí misma es el gran desafío de la Colombia presente. Un país

Reconocerse en sí misma es el gran desafío de la Colombia presente. Un país sólo vive en confianza, sólo se constituye como nación solidaria cuando comparte una memoria, un territorio y unos saberes originales.



sagrado y el poderoso temor, convertir a los muertos en aliados invencibles de nuestro amor por la vida, haciéndolos capaces de infundir en los criminales el pavor frente al crimen.

Hay sociedades donde los muertos no mueren del todo. En México las gentes les llevan serenatas a las tumbas, ponen en ellas platos de enchiladas y de mole poblano, celebran como un carnaval el día de difuntos, y, como en esos grabados que hizo

cambio, se ha trivializado la muerte. Los muertos se van convirtiendo en deshechos que seres distraídos arrojan al olvido, bajo un triste rótulo de N.N. Pero tal vez lo que permite que la venganza recurra al crimen como instrumento para dirimir los conflictos es esa sensación de que los seres humanos se borran con la muerte. Lo que impidió que los muertos de la dictadura argentina se perdieran en el olvido fue que las Madres de la Plaza de Mayo los sacaron a la calle día tras día y año tras año. Es así como se demuestra que el amor es más poderoso que la muerte. Por eso es necesario despertar a los muertos, pedirles que sigan vivos en el corazón de quienes los amaron, que nos acompañen en una larga fiesta por la vida. Los Wayúu suelen atar con cintas rojas las manos y los pies de quienes han sido asesinados, para que el asesino no pueda descansar hasta no pagar por su crimen. Cuando hayamos cumplido esa labor poética y mítica de despertar a los muertos, de convertirlos en aliados de la vida, cuando hayamos demostrado que no es tan fácil matar del todo a un ser humano, la venganza tendrá que inventarse otras formas de dirimir sus conflictos, y no podrá creer que se elimina una contradicción matando a los contradictores.

Ahora bien, desde los comienzos de la cultura occidental, la poesía testimonió el secreto de los jóvenes homéricos, de todos aquellos que viven

peligrosamente. Las guerras y los éxodos fueron siempre la forma más acentuada de ese vivir en peligro, y hoy en Colombia son innumerables los seres humanos, hombres y mujeres, que se mueven en una frontera de riesgos. La verdad es que desde hace algún tiempo no hay colombiano que no sienta cada día en su vida el sabor del peligro. Debemos interrogar nuestra relación con un espacio físico que se ha convertido progresivamente en región de discordia. En barrios azarosos, oyendo en la noche los estampidos de las armas de colina en colina, calculando siempre qué zonas de la ciudad pueden ser visitadas, estudiando siempre los rostros de los demás en pueblos donde vuelve a crecer la zozobra, preguntándonos qué carreteras son seguras, en qué vías hay riesgo, sobre qué aldeas están suspendidas las nubes de la amenaza, volviendo a sentir como en los años cincuenta que los viejos conocidos se van cambiando en seres amenazados o en colaboradores del mal, Colombia tarda en reaccionar, en cantar su realidad cotidiana, en nombrar su heroísmo y su miedo, en responder a la vieja lógica que hizo que década tras década el país estuviera siempre bajo la sombra mítica de un monstruo que se fingía eterno, omnipresente y omnipotente. Ese monstruo, que se llamó Sangrenegra y Desquite, que se llamó Fabio Vásquez y Javier Delgado, que se llamó Gonzalo



(Detalle) Gustavo Alonso Gómez, Maternidad, aguafuerte, 1/4, 16 x 11 cm, 1991. Facultad de Artes, Colección de grabado

Guadalupe Posada de esqueletos que bailan en las fiestas del mundo, viven con ellos una mitología jubilosa que es testimonio de una profunda familiaridad. Entre los antiguos romanos, los muertos se convertían en divinidades familiares, con las que se dialogaba, y con cuya protección se contaba siempre. Entre nosotros, en

Rodríguez Gacha y Pablo Escobar, periódicamente vuelve a caer como un paisano cualquiera en poder de la justicia o bajo una lluvia de balas, y vuelve a demostrarnos que no es más que un pobre ser resentido y vengativo, pero curiosamente sigue imperando por el miedo sobre una sociedad acostumbrada a su influjo, y a pesar de su muerte vuelve a alzarse, con otro nombre y otro discurso, fingiéndose otra vez el dueño del país, el que decide quién vive y quién muere, quién permanece en el territorio y quién se va de él.

¿Qué hace que Colombia se haya habituado a vivir bajo la gravitación de ese monstruo inevitable siempre significativo y siempre insignificante? Yo diría que lo que tiene que ser conjurado no es el monstruo particular, al que sus propios patrocinadores siempre terminan anulando, sino nuestra costumbre de estar a la vez fascinados y aterrorizados con él. Como el mítico minotauro de Creta, que exigía cada año el tributo de la sangre joven de la isla, este monstruo parece insaciable, pero es verdadera la interpretación que hizo de él Borges en su relato Asterión: la principal necesidad del monstruo es la de desaparecer, y lo único que verdaderamente lo sostiene es el temor que la sociedad le profesa.

Se diría que el gran desafío para Colombia, país peligroso pero valeroso, donde la gran mayoría de la

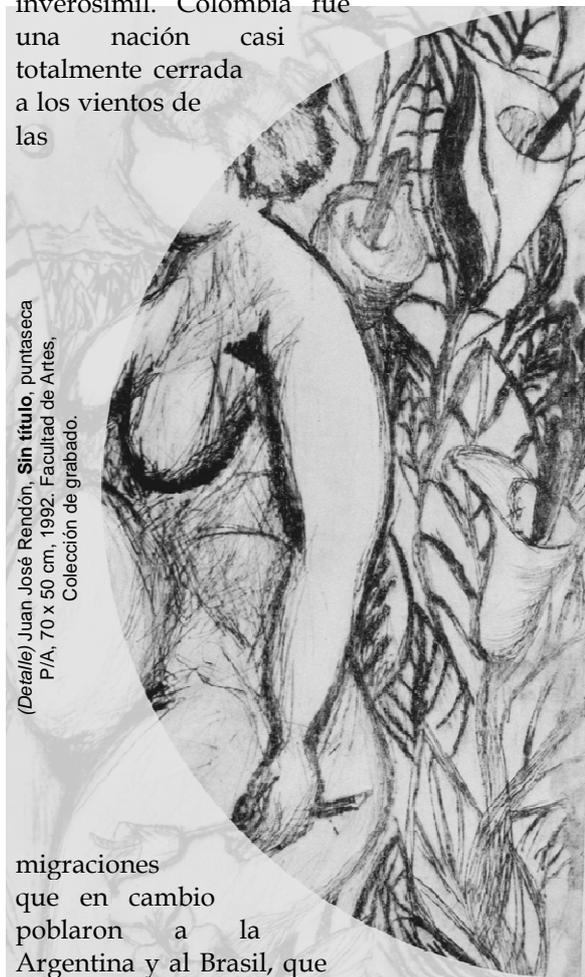
sociedad está compuesta por seres que salen cada mañana desarmados a las calles a luchar por la vida, es ayudar al monstruo a desaparecer. Para ello lo principal es dejar de creer que los valientes son unos cuantos seres que necesitan andar armados hasta los dientes y que se jactan de perdonar a todos los demás el atrevimiento de existir. Colombia debe vivir la fiesta de reírse del monstruo, y de desarticularlo, como esos muñecos de carnaval de los que cada uno de los miembros de la comparsa lleva una parte, y que a veces se disgregan ante los ojos regocijados de los niños.

Como en otros tiempos, pero con una amplitud insospechada, la guerra actual ha arrojado de sus tierras a dos millones de personas del campo. Y si a ellos sumamos los cuatro millones de colombianos que viven fuera del territorio, que han sido paulatinamente arrojados hacia el mundo exterior en busca de trabajo, de futuro, de seguridad, de respeto, sentiremos una vez más que el destierro sigue siendo el signo de esta patria precaria. Hasta una parte muy importante de nuestro arte y de nuestra literatura han sido elaborados en el exilio. En el exilio se escribió la obra de Barba Jacob y de Álvaro Mutis, de García Márquez y de Fernando Vallejo; en el exilio se ha pintado la obra de Luis Caballero y de Fernando Botero. Sin embargo esas obras nacidas en tierras

extrañas fueron tal vez las más colombianas, porque sin duda no hay mejor manera de conocerse a sí mismo que mirándose en contraste con lo que es distinto.

Casi cuatro millones de colombianos van hoy por el mundo procurando entender qué planeta es éste que durante tanto tiempo fue para nosotros una fábula inverosímil. Colombia fue una nación casi totalmente cerrada a los vientos de las

(Detalle) Juan José Rendón, Sin título, puntaseca P/A, 70 x 50 cm, 1992. Facultad de Artes, Colección de grabado.



migraciones que en cambio poblaron a la Argentina y al Brasil, que pusieron siempre en contacto a Venezuela con el resto del mundo, que volvieron a México uno de los países más hospitalarios que pueda imaginarse, y que le dieron a Cuba entre tantas cosas su espléndida riqueza musical. Un día, mirando cierto libro con

imágenes de la Bogotá de los años 40, un pintor español exclamó graciosamente: ¡Cómo son de colombianos los colombianos! La verdad es que son también ese encierro y un largo hábito de dogmatismos los que no nos han permitido relativizar nuestras verdades, dialogar fluidamente con lo que es distinto, reconocer nuestros secretos y nuestras destrezas. Se diría que una de las causas de nuestro conflicto es que hemos estado encerrados demasiado tiempo, y que eso nos ha vuelto casi incapaces de vernos en lo que realmente somos, de admirarnos unos a otros por lo que tenemos de verdaderamente admirable y corregirnos en lo que deba ser corregido. Por ello, una de las prioridades de la Colombia presente es buscarse a sí misma en un diálogo inusitado con el mundo.

Es urgente que convoquemos a esos millones de desplazados que han vivido la historia presente, para que compartan con todos los demás colombianos una realidad vertiginosa, dolorosa y apasionante. Pero también es urgente que convoquemos a los pioneros de nuestro contacto contemporáneo con el mundo, a esos millones de colombianos que han entrado en relación física con la realidad planetaria, y que desde tantos lugares del globo sabrán celebrar de nuevo la alianza con el país en que nacieron, al que

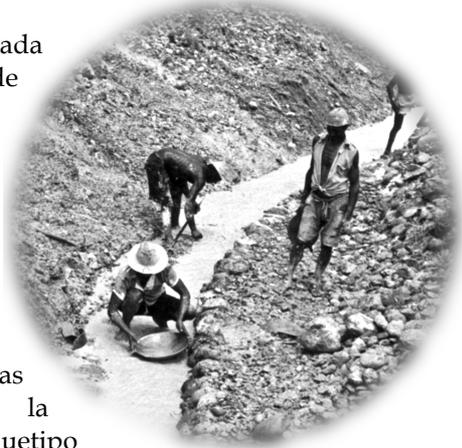
llevan en sus costumbres y en su nostalgia: el país que necesita de ellos para sentir que está

verdaderamente en el mundo.

Hay quien dice que frente a los desafíos y los horrores de la guerra, es poco lo que pueden hacer el arte y la cultura. Muchos pensamos que, por el contrario, en una situación como la colombiana, casi todo tienen que hacerlo la cultura y la educación, porque hasta la guerra que vivimos es consecuencia de unos choques culturales, de unos procesos históricos en los cuales nuestra nación desdeñó su singularidad y se obstinó en copiar ideas, modelos y esquemas, creyendo ingenua o malintencionadamente que para una sociedad sirven las fórmulas que han sido descubiertas e implantadas en otras. La monarquía parlamentaria inglesa, la razonable república francesa, el presidencialismo paternal mexicano, la actual fusión de arcaísmo monárquico y de audaz ultramodernismo de la sociedad española son ordenamientos surgidos de una lectura lúcida de la realidad de cada uno de esos países. Y decimos que hay una nación cuando una comunidad ha llegado a articularse de un modo original. Es por eso que el

arte y la literatura son los que de verdad descifran a los pueblos, porque a través de ellos esa comunidad singular expresa sus símbolos profundos, cifra en un lenguaje condensado su originalidad.

En su reciente libro *La novela colombiana entre la verdad y la mentira*, el escritor Gustavo Álvarez Gardeazábal, uno de los más lúcidos testigos literarios de la violencia colombiana, nos ha mostrado a través del ejemplo de cuatro grandes obras - *María* de Jorge Isaacs, *El Moro* de José Manuel Marroquín, *La Vorágine* de José Eustasio Rivera, y *Cien años de soledad* de García Márquez-, contrastadas todas con su propia experiencia como autor de la novela *Cóndores no entierran todos los días*, que el único modo como ha sido posible contar la historia de Colombia fue a través de un tipo de ficción que, recurriendo a la exageración y a la imaginación, logra cifrar poderosamente lo que de otro modo sería reducido a niebla por la pertinaz y dirigida peste del olvido. Sostiene que ese tipo de ficción "es la búsqueda de la



verdad a través de la utilización de la mentira novelística o de la exageración literaria, de la conformación flagrante de la selva en personaje, de la animación como ser vivo del verde feroz de la selva". Y añade que "desde Rivera en adelante los novelistas colombianos y los lectores sí que más, convertimos la novela en la única vertiente para encontrar la conformación hacia el futuro de los episodios que hicieron la patria y que por injustos o agresivos, por dañinos o por inconvenientes para los dueños del poder político o del poder económico no fueron aceptados como verdad". Hablando de la obra de García Márquez, el escritor declara: "Probablemente ninguna otra novela colombiana describe como Cien años la imagen de las guerras colombianas. Cargada de sátiras, rebosante de burla, hiriendo con el verbo y asimilando con la metáfora, logra un mosaico de coloridos agresivos de tal manera que el lector de 1967, cuando se publicó la obra, y el de hoy o el del 2068, termina por aceptar como verdadera esa versión entre caricaturesca y técnica,

entre imaginada y verídica de lo que ha sido una guerra en Colombia. El paso de los años, la repetición insensata de muchas de las circunstancias, la identificación del arquetipo en muchos personajes de la guerra de hoy, hace más creíble la versión exagerada y quizás hasta mentirosa, y sin problemas la entroniza como la verdad histórica". Y después de comparar estas aventuras literarias con su propia experiencia, la experiencia de quien ha debido fabular para llegar a las entrañas de lo real, de quien ha tenido que exagerar para alcanzar la verdad memorable, concluye diciéndonos: "Esa ha sido la verdad aunque siempre hayamos creído la mentira. Por ello, es a los novelistas a quienes nos ha correspondido inventarla para que la crean".

Nuestra expedición por el olvido requiere sin duda esa medicina de una narración profunda, de una búsqueda del tiempo perdido, y el lenguaje verbal creador, oral y escrito, tendría que ser su más inmediato instrumento. No parece posible recurrir para ello a los medios de comunicación masiva, medios que masifican sin fortalecer la individualidad, medios de una sola vía, que no permiten diálogo alguno, y sobre todo en las condiciones de Colombia, donde hoy los medios

responden exclusivamente a una estrategia de mercadeo y no están dispuestos a difundir nada que no opere como mercancía.

Además, ese ejercicio del recuerdo sólo puede ser un acto de la amistad y un ejercicio de amor, y esto sólo es posible mediante el contacto directo de los seres humanos. Pero ello supone algo más que el ejercicio de la narración. En realidad sabemos que siempre fue vigoroso en nosotros el arte de narrar, y que buena parte de la historia está contada en múltiples versiones. Más bien está claro que a partir de cierto momento parece que hubiéramos perdido la facultad de escuchar, de atender a esos relatos. Una pregunta central de esta búsqueda es qué es lo que nos hace escuchar, qué es lo que nos cautiva, nos seduce y, si se quiere, nos embriaga del relato.

Nadie tal vez como García Márquez para aproximarnos a ese secreto. Aquí es donde podemos pensar en Gabo como hechicero, y en la suya como en una suerte de lengua chamánica capaz de pronunciar los conjuros requeridos. Es, se diría, la

sensualidad de su relato, la tensión de su intriga, el modo cautivante de sus paradojas, su desparpajo, su alegría, su sabia combinación de reverencia mítica ante los humildes y de insolencia mítica frente al poder, su exuberancia, su sentido del ritmo, y algo en su ejercicio narrativo que definitivamente rompe con los paradigmas de la novela occidental, como nos la legaron los grandes artífices. *Cien años de soledad* no es, en sentido riguroso, una novela humanista. En ella no sólo los seres humanos son protagonistas, las fuerzas de la naturaleza tienen voluntad propia, y más bien nos sentimos asistiendo a una recuperación del sentido mágico de la literatura precristiana y prerracional, a los poderes naturales que gobiernan el relato homérico, a las transgresiones de la ley natural que rigen el curso de los relatos de las *Mil y una noches*, al universo animista de los mitos indígenas americanos.

El joven culpable que aparece en la obra de García Márquez no es el penitente cristiano sino el hijo que huye de sus deberes, que se aleja empujando una jaula donde llevan al hombre que se transformó en víbora por desobedecer a sus padres, y que vuelve a la aldea años después con el cuerpo cubierto de tatuajes de modo que parece una serpiente.

El tipo de lazo afectivo que une a la madre y a su hijo no es en García Márquez un

discurso explicativo, sino el camino que sigue la madre en busca del hijo fugitivo, el mismo camino que recorre a la inversa el hijo que regresa muchos años después a la aldea, y sólo se detiene cuando llega hasta ella. Ese vínculo no nos es dado en este relato mediante un alegato a la manera de Flaubert o Tolstoi sino mediante el rojo trazo de un pictograma indígena: el hilo de sangre que brota de las sienes del hijo muerto y que siguiendo su propia fuerza ancestral, esquivando todos los obstáculos, no se detiene hasta llegar a la madre: el río de la sangre buscando su fuente.

Es tal vez la irrupción del pensamiento mágico indígena en el orden del relato lo que marca la diferencia de *Cien años de soledad* con toda la literatura europea, lo que señala el secreto de la fascinación distinta que ejerce sobre la imaginación de todos los pueblos, y por ello se explica que García Márquez sólo haya sabido cómo contar su saga cuando leyó *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, el momento en que el universo mágico ancestral de los mexicanos encontró su lugar en la respiración de nuestra lengua continental.

La originalidad de García Márquez es la originalidad de nuestra cultura, su distancia del canon de occidente. Ese triple recurso de elocuencia latina, condensación mágica indígena y sensualidad africana, fusionados en diablura de la imaginación,

colorido, insolencia y desconcierto, pueden ser vigorosos aliados en nuestra relectura de la historia, en nuestra expedición por el olvido, en nuestra consoladora narración curativa.

El otro secreto del relato está en la recuperación de las cosas. Lo que hace que la verdadera historia sólo se aprenda en la novela histórica es que ella escapa de las generalizaciones y las categorías para darnos la intensidad de los hechos. Sólo ella tiene la capacidad de conmover, de formar la sensibilidad, de educarnos ante los rigores de la historia. El más grande historiador europeo, Gibbon, descubrió que lo conmovedor de la historia no está en las grandes tramas sino en los pequeños detalles. Frente a la historiografía indiferente, entorpecida de abstracciones y de estadísticas, se alza la historia viva que muestra a las tragedias humanas girando en torno de cosas concretas, de gallinas y de cerdos, de fotografías y de sillas vacías.

Las gentes humildes creen en la realidad. Una nevera es para la publicidad y para la opulencia un símbolo insignificante. Pero para una persona humilde es un objeto real y es también un icono. Por eso los sicarios de Medellín pueden arriesgar la vida por conseguir ese objeto que en cambio puede significar muy poco para muchos que lo poseen. Es preciso recordar que nuestra violencia gira en torno a la

tierra y a las cosas. Vivimos en una sociedad mercantil que predica todo el día sus paradigmas de opulencia y consumo, pero en la cual los productos son inaccesibles.

Hace setenta años, en tierras de Colombia, cuando una persona iba por los montes al anochecer y veía aparecer a alguien en la oscuridad, podía sentir alegría. Un desconocido era un compañero con quien sentarse a conversar. Siete décadas pasaron llevándose eso que alguna vez fue nuestro, y Colombia ha perdido casi del todo el tesoro mayor que cualquier sociedad puede poseer: la confianza espontánea en los demás.

Con ella perdimos la conciencia de poseer una patria, de formar parte de una comunidad solidaria. Saqueados por la historia, los hijos de Colombia deberíamos vivir hoy la urgencia de lanzarnos a la búsqueda de esa confianza perdida, pero nadie conoce el camino que lleva hacia ella. La confianza es uno de esos extraños lazos vitales cuya realidad resulta mucho más fácil de percibir que de explicar.

Nuestra sociedad tradicionalmente pobre, que nunca vivió la prosperidad de México o La Habana en el siglo XVIII, de Argentina a comienzos del XX, de Venezuela a mediados de siglo, nuestra sociedad, arrojada a una lucha desamparada y solitaria por lo material, aislada en individuos que crecieron en

la falta de estímulos y la abundancia de obstáculos, en manos de clases dirigentes sin carácter que nunca dirigieron nada, está comprendiendo tardíamente que la mayor riqueza posible es la menos palpable: el privilegio de compartir una realidad donde sea posible confiar en los demás, y que los demás confíen en nosotros.

Esa confianza, que puede traducirse en ayuda, en conversación entusiasta, en recuerdos compartidos, en el amor que sabe asumir tantas formas, en respeto, en esa justicia generosa de la que nace el único orden duradero, en seguridad y protección, en un trabajo solidario respetado y digno, en pasiones, alianzas y verdadera compañía, ¿dónde encontrarla?

Muy pocos colombianos se sienten hoy realmente acompañados, salvo por las personas que les son más cercanas, y se diría que a veces ni siquiera por ellas. Pero podemos añadir que sólo las amistades suplen en Colombia la confianza que a menudo ni aún la familia dispensa. Y ya que la familia, en tiempos aciagos, tiende a convertirse en algo que se cierra sobre sí y nos enclaustra en un ámbito opuesto a lo desconocido, a los desconocidos, que son aquí el conjunto de la sociedad, la amistad tendría que convertirse en uno de los más importantes instrumentos de esa búsqueda de la confianza perdida, que es una

búsqueda de la patria perdida.

Hay un secreto en la invención de nuestras amistades, en los encuentros, las afinidades, sus coincidencias y sus asombros. Es verdad que también la amistad puede convertirse en algo hostil a la sociedad, en un orden de afinidades cerrado a la curiosidad y a la aventura. Pero todo el que tenga un amigo en el sentido más generoso de la palabra, tiene una de las claves del futuro que Colombia reclama, una responsabilidad a la vez íntima y pública, un secreto político, en el sentido más alto de la expresión.

Simplificando una sentencia griega podemos llamar política a nuestra manera de estar juntos, y ello nos obliga a advertir que hay maneras generosas e inteligentes de estar juntos, y maneras egoístas y brutales. Si en una sociedad impera la confianza, es evidente que la gobierna una sana política. Pero si impera el miedo, toda su política debe quedar enseguida bajo sospecha.

Si las sociedades sólo viven juntas en confianza cuando comparten una memoria, un territorio y un carácter, es decir, un saber sobre sí mismas, esto en Colombia lo aprendemos por la vía negativa: lo que impide nuestra confianza es que no compartimos una memoria, casi no compartimos un territorio y en absoluto compartimos un carácter. Y sin embargo esa memoria,

ese territorio y ese carácter existen realmente, y el mundo exterior suele tener más conciencia de ello que nosotros mismos.

Una nación es una memoria compartida, pero esa memoria tiene que haber sido elaborada por todos; ningún pueblo se une realmente alrededor de una versión parcial o amañada de la memoria común. Toda memoria compartida da cohesión a los pueblos, les permite tener rostro y voz para dialogar con el mundo. Hay naciones cuya memoria es tan poderosa que les permite sobrevivir incluso a la pérdida del territorio. Hay naciones cuyo territorio es tan homogéneo que pueden reconocerse siempre con facilidad a sí mismas. Hay naciones cuyo carácter las ha hecho siempre visibles, siempre orgullosas de sí mismas, siempre firmes en el diálogo con el mundo.

Colombia necesita reconocerse en Macondo, necesita curarse del olvido, necesita curarse de la venganza y necesita curarse de la ignorancia de sí misma, y sólo podrá lograrlo a la vez viajando por el olvido, despertando a los muertos, contando y cantando los secretos de su continuo vivir en peligro, conjurando los fantasmas del miedo, y emprendiendo un diálogo inusitado con el mundo. Ello supone una aventura vital festiva y múltiple, enriquecida por los lenguajes del arte, que brote de la comunidad sin exigir el patrocinio del

Estado, y donde cada colombiano pueda sentirse y actuar como protagonista. Una iniciativa autónoma de la cultura colombiana para abrir el país a los creadores y artistas del mundo, a todos los que quieran vincularse como acompañantes y amigos en una Expedición de Colombia por su propia memoria, por la vastedad de su territorio, reconociendo la originalidad de sus sueños y de sus lenguajes.

Porque es verdad que un país sólo se puede relacionar con el mundo desde la perspectiva de su originalidad. La teoría superficial de la globalización pretende que los países renuncien a toda singularidad para integrarse a una suerte de carnaval de lo indiferenciado, y sin embargo la misma globalización nos enseña que el mundo entero sólo dialoga con lo singular. Inglaterra vive de su capacidad de incorporar a su ser las habilidades de sus enemigos, de haber recibido el francés y el romanticismo, de haber nacionalizado el té y el curry. Francia vive de su sensorialidad, de su racionalidad, de su revolución y de su cosmética. El Japón aprendió a crear transistores y microchips a partir de su habilidad secular para las miniaturas, de su proclividad al bonsai y al haikú. Así que la pregunta por nuestra singularidad tendría que estar en el centro de nuestra relectura de la historia, del gran relato de quienes viven en el

peligro, de nuestra gran conversación con los muertos.

Debemos partir de un gran censo de procesos culturales en Colombia, construir un mapa cultural del país, identificar en él los proyectos y los esfuerzos que mejor respondan a esta filosofía de reencuentro de Colombia consigo misma y con su propia voz frente al mundo, y proponer a la comunidad internacional un abanico de actividades y de sueños a los cuales puedan sumarse los países en generosas alianzas creadoras. Nadie nos puede enseñar a ser nosotros mismos, pero el mundo civilizado tiene mucho que aprender de este ejercicio de un país que explora su propio rostro, y nosotros tenemos mucho que aprender de nuestra singularidad mientras vamos dialogando con otras tradiciones y otras mentalidades. Además de unos recursos económicos para la cultura y la educación, Colombia requiere hoy compañía imaginativa y apasionada, que nuestros hermanos de todas las naciones dialoguen con un pueblo ávido de comprenderse y de reconciliarse.

Que lleguen a Colombia las brigadas culturales del mundo, las francesas y las españolas, las cubanas y las norteamericanas, los artistas de Senegal y de Corea, los maestros de danza de China y los maestros artesanos de Tailandia, los jóvenes cineastas daneses y

vietnamitas, y los jóvenes deportistas del Congo y de Australia. Así como cada año nos visitan los poetas y cada dos años las más importantes compañías teatrales de todo el mundo, así como han venido los maestros directores de la Scala de Milán a compartir su saber y los profesionales del Circo del Sol de Francia a compartir sus destrezas con los niños de los barrios de Cali, que vengan los que hacen las fiestas de las flores y las fiestas del libro, las jornadas de la música y las jornadas del teatro, y dialoguen con el pueblo que ha creado la saga vallenata y la cumbia, los currulaos de los litorales y los pasajes llaneros, que dialoguen con la realidad que ha producido a García Márquez y a Fernando Botero, a Edgar Negret y a Ramírez Villamizar, a Luis Caballero y a Beatriz González, a Fernando González y a Estanislao Zuleta, a José Asunción Silva y a Gonzalo Arango, a Luis Carlos López y a Aurelio Arturo, a Porfirio Barba Jacob y a Fernando Vallejo, a José Eustasio Rivera y a Gustavo Álvarez

Gardeazábal, a Santiago García y a Enrique Buenaventura. Colombia necesita hoy del mundo para no sucumbir en manos de la peste del olvido, del tiovivo de las guerras que nunca terminan, de la hojarasca de las dependencias.

Esta vida peligrosa en un país de paradojas nos exige buscar el triunfo de la vida despertando a los muertos, alcanzar el olvido recurriendo a una gran expedición por la memoria, alcanzar la capacidad de perdón combatiendo las inercias de la venganza, reinventar la comunidad fortaleciendo en el diálogo lo individual, reconocernos a nosotros mismos en el acto de dialogar con el mundo, reinstaurar el pavor de matar perdiendo el miedo a los fantasmas que viven del crimen, y reencontrarnos de nuevo con la invaluable confianza espontánea en los demás a través de desconfiar aplicadamente de nuestras nociones y de nuestros hábitos.

De este apasionado ejercicio cultural y educativo, que no

puede ser una labor especializada de artistas ni de intelectuales, sino una extensa fiesta de la comunidad, partiendo de las regiones del país más agobiadas por los conflictos, depende no sólo nuestra reconciliación, sino la posibilidad de convertir a Colombia, hoy terriblemente amenazada, ya no sólo en una gran reserva de oxígeno y de agua para el futuro de la especie, sino en una respuesta desde la creatividad y la imaginación para algunos de los grandes males de nuestra época. *Es la hora de recostar las sillas en la puerta, y de empezar a contar la historia, antes de que lleguen los historiadores.*



EL CUENTO DE LA AUYAMA

por Salvador Fernández

Un cuento sobre la burocracia hipertrofiada y sus efectos

Érase una vez una República de nombre Arauyama, que después de largos y persistentes esfuerzos de sus habitantes, logró que uno de sus productos agrícolas, en el pasado menospreciado, pudiera producirse en cantidad y calidad tales que hicieron de su venta un importante ingreso en la hasta entonces depauperada economía de aquel inmenso territorio.

Se trataba del cultivo de la auyama o "cucúrbita máxima". Tras pacientes trabajos de investigación que contrató y pagó la Fedegro de la zona, fue posible lograr una producción insólita de auyama por hectárea que abarató muchísimo el costo unitario. En pocos años la producción aumentó de apenas las once toneladas habituales a la importante cifra de 14.250 toneladas.

Como la propiedad se encuentra muy dividida en el estado Arauyama, varios miles de agricultores se vieron pronto gozando de un bienestar económico hasta entonces desconocido. Los campesinos adquirieron aperos de labranza más sofisticados y hasta tractores. Y se comenzó a estudiar la posibilidad de adaptar un tipo de cosechadora, que en terrenos terrazados pudiera recoger la auyama por procedimientos mecánicos.

Segismundo Palacios, uno de los agricultores más florecientes de la región, viajó a Europa y se llevó consigo unas cuantas auyamas que entregó al afamado Instituto Batelle de Investigaciones Científicas, en Ginebra. Palacios había oído contar a los viajeros campesinos del Estado Arauyama, que esta cucurbitácea era un excelente alimento para niños pequeños, para ancianos y para los convalecientes, ya que a su composición y balance ideal de minerales y vitaminas, se añadía el ser sumamente tolerable aun por los estómagos más delicados. En el Instituto Batelle

ratificaron estas presunciones con creces, ya que descubrieron que la auyama era fuente importantísima de la vitamina XYZ, sumamente indicada para las afecciones digestivas y dispepsias prolongadas.

El regreso de Palacios, con tales noticias, fue acogido con general beneplácito por los vecinos de Arauyama. Estos descubrimientos, que pronto fueron del dominio público en toda la República, permitieron que el consumo de auyama se popularizara a lo largo y ancho del territorio nacional. La Perfecta Ama de Casa ensayó la preparación de varios platos de auyama y después de sacar a la luz su Novísimo Recetario de la Cocina a base de Auyama, hizo demostración por la televisión de los doscientos cuarenta platos principales y los treinta y tres postres que se podían hacer con base en tan nutritivo vegetal.

Las noticias sobre las aplicaciones gastronómicas de la auyama, finalmente trascendieron las fronteras nacionales. Las firmas J. McKinney y Near Man de Estados Unidos, se interesaron en la importancia de la "cucúrbita máxima" para su venta en todos los supermercados de la nación norteamericana y el Canadá, para cuyos efectos establecieron una oficina de compras en la capital de la República, cuyo télex comunicaba diariamente a New York las transacciones efectuadas y las fluctuaciones en el precio. Ya para entonces la producción de auyama se había extendido a los territorios vecinos y había llegado a la respetable suma de 400.000 toneladas anuales.

En varias publicaciones científicas de los más renombrados institutos de investigación, se habían mencionado las propiedades medicinales de la auyama para el tratamiento de la

dispepsia y otras afecciones del tracto digestivo, tal como se desprendía de los experimentos llevados a cabo en el Japón. Mitsubishi, en sociedad con los laboratorios Rotmann Lagoshe de Suiza, decidieron firmar un contrato con la recién constituida "Asociación Nacional de los Auyamacultores", para el suministro de importantes cantidades de auyama tierna con destino a los modernos laboratorios instalados en Zurich, donde el producto sería destilado y procesado en varias especialidades farmacológicas, en la forma de elixir, pastillas e inyectables.

Ya la cucurbitácea se producía en cinco departamentos de la República y el total de ingresos que percibía el país por la exportación a los mercados mundiales se elevaba a la no despreciable cantidad de \$ 663.267.550, constituyendo la tercera exportación del país, únicamente precedida por los recursos minerales. Se calcula que para entonces más de doscientas mil familias habían aumentado substancialmente sus ingresos gracias al cultivo de la auyama.

Ante éxito tan inusitado, el gobierno no podía permanecer impasible y con los brazos cruzados, más bien debía brindarle todo su apoyo. Este meteórico desarrollo de la agroindustria de la auyama no debería continuar divorciado del Plan de la Nación, especialmente en un período en que el gobierno se empeñaba en

proteger y fomentar la agricultura.

La primera señal la dio el Ministerio de Fomento, creando la Dirección General para la Industrialización de la Auyama, con tres importantes departamentos: el Administrativo, el Técnico y el Fondo de Préstamos. Sin embargo, ya para entonces el MAG había creado una comisión investigadora para conocer *in situ* las características botánicas de la auyama y los métodos de cultivo que se venían usando.

Como resultado del enjundioso estudio volcado en 427 páginas y numerosos apéndices con gráficos y mapas, el Ministerio de Agricultura y Ganadería decidió crear de inmediato la Dirección General para el Desarrollo de la Auyamacultura y sus Derivados. A estos efectos se crearon las secciones de Administración, la de Investigaciones Agrícolas y la de Relaciones Públicas, así como una Estación Experimental Agronómica en los jardines del Parque Central de la capital. A su vez, en el Ministerio de Economía, cuyos funcionarios se acusaban unos a otros en cuanto a no haber sido los primeros en ocuparse de tan importante riqueza del país, decidieron, aunque un poco tarde, ofrecer también su concurso a la promoción de tan precioso artículo de exportación. A estos efectos crearon la Dirección General para el Estímulo, Organización y Diversificación de la Agroindustria de la Auyama, con los correspondientes

departamentos de Econometría, Desarrollo Industrial, Estadística y Exportación.

Habida cuenta de que eran muchas las aplicaciones medicinales y tecnológicas (se había descubierto que las raíces de la cucurbitácea eran excelentes para el teñido y conservación de las pieles, y que las flores tenían propiedades afrodisíacas), el Instituto Nacional de Investigaciones Científicas (INIC) decidió crear la sección de Auyamología Aplicada, a la que se adscribieron varios sesudos científicos en calidad de Auyamólogos.

Cuando el asunto se llevó finalmente a reunión de Gabinete, éste encontró una enorme duplicación de funciones entre las diferentes direcciones que los distintos ministerios habían creado para el fomento y desarrollo de la Auyamacultura. Como cada Ministerio aducía que el asunto era de su competencia, se resolvió finalmente que fuera Planicor quien asegurara el enlace y concordancia de tan loables e ingentes esfuerzos. Así, a la semana siguiente Planicor creó la Comisión Interministerial e Interdisciplinaria para el Fomento y el Desarrollo del Cultivo, Industrialización, Comercialización y Exportación de la Auyama y sus Derivados, más conocida por las simples siglas de CINIFODELCICEAD.

La Contraloría Central de la República, alarmada por todas estas noticias sobre la creación de tantos nuevos organismos estatales



dedicados al estudio y promoción de la cucurbitácea, decidió abrir una minuciosa investigación sobre la nueva burocracia de la auyama y los cuantiosos gastos que causaba al Erario público. Después de varios meses de pertinaz, y a veces infructuosa pesquisa debido a la poca cooperación de los Ministerios y organismos involucrados, pudo saberse que los gastos gubernamentales que se destinaban a la promoción de este cultivo alcanzaban los 570 millones de pesos, o sea casi la misma cantidad derivada de su exportación a los mercados mundiales.

Cuando los informes de la Contraloría se hicieron de dominio público, la Cámara de Representantes se sintió en la obligación de intervenir para poner orden en este controvertido asunto. La Comisión de Agricultura de la Cámara nombró en seguida la Subcomisión de Auyamacultura, que se abocó de inmediato al estudio de la documentación que tanto la Contraloría como los diferentes Ministerios y Planicor tenían al respecto. Las tres toneladas y media de documentos fueron recogidas pacientemente y llevadas al Palacio Legislativo para su eventual estudio.

Como la investigación requería varios meses sólo para comenzar a ordenar una copiosa información, la Cámara se declaró en sesión de emergencia para tomar medidas heroicas. Como el gobierno tenía mayoría en el Congreso se resolvió —después de arduos debates donde

siempre se hicieron constar los votos negativos de los representantes de los partidos de oposición— dar amplios poderes a Planicor para que su Comisión Interministerial e Interdisciplinaria presentara un proyecto de ley en el perentorio término de seis meses para estructurar racional y científicamente esa riqueza nacional constituida por la auyama, y a esos efectos recomendar los impuestos necesarios para que se pudiera financiar ampliamente los esfuerzos de coordinación y organización, que tanto necesitaba la agroindustria de la "cucurbita máxima". En ese año, entretanto, las exportaciones alcanzaron la cifra de mil millones de pesos. Más de cien países eran ahora asiduos consumidores de auyama.

En el tiempo establecido, poco más o menos, Planicor pudo presentar al Congreso un excelente proyecto de ley para la promoción del cultivo e industrialización de la auyama, que establecía en su parte resolutive:

1. Un precio tope de venta de la auyama, de veinte centavos el kilo, a fin de evitar el enriquecimiento excesivo de los auyamacultores, así como la especulación.

Esta parte fue recibida con cálidos aplausos de los congresistas por constituir una magnífica medida anti-inflacionaria.

2. La creación del Registro General de Auyamacultores, con el objeto de conocer la ubicación de sus haciendas, poderles prestar asistencia técnica, y darles sus licencias de cultivo, venta y

exportación. Aquí todos los congresistas del partido oficial vitorearon a los autores de tan trascendental proyecto de ley.

3. Un impuesto de exportación, de \$1 por kilogramo de auyama, a fin de poder controlar la salida de esta valiosa fuente de divisas, y evitar así que las multinacionales fueran las que se beneficiaran del trabajo y el sudor de los auyamacultores. Aquí fueron aún más las expresiones de júbilo y de afirmación nacionalista.

A los pocos días se publicaba en los periódicos de mayor circulación del país la convocatoria para inscribirse en el Registro General de Auyamacultores. La documentación a presentar era muy sencilla: 1) Inscripción de nacimiento; 2) Partida de bautismo; 3) Cédula de Ciudadanía; 4) Solvencia; 5) Pasaporte vigente, con visa para los países donde se pretendiera exportar el producto; 6) Certificado de Antecedentes Penales; 7) Cuatro fotos de perfil y cuatro de frente, en mate, tamaño pasaporte; 8) Carta de recomendación del Presidente Municipal; 9) Certificado de buena conducta expedido por la Policía Judicial; y 10) Carta de los Respectivos Ministerios de Agricultura y Ganadería, Fomento, y Economía, certificando que se es auyamacultor *bona fide*. Copia autenticada por el Ministerio de Justicia de los anteriores documentos, debería presentarse personalmente, cualquier martes hábil entre 10 y 12 de la mañana, en la receptoría de la Comisión Interministerial e Interdisciplinaria para el

Fomento y el Desarrollo del Cultivo, Industrialización, Comercialización y Exportación de la Auyama y sus Derivados (CINIFODELCICEAD), que dentro de los tres meses siguientes daría el correspondiente permiso como cultivador y exportador de auyama. Agregaba el decreto que quedaba terminantemente prohibido el cultivo y comercialización de la auyama a quien no estuviera debidamente inscrito en el Registro y con su credencial al día.

Han transcurrido dos años desde la promulgación de la ley e, inexplicablemente los

campos, otrora sembrados de auyama, son hoy eriales; las exportaciones de la cucurbitácea han bajado a cero y la República de Bataclava ha tomado ahora nuestro lugar en el cultivo y la exportación de la auyama, mientras todas las Direcciones Generales de los distintos Ministerios, así como una nueva Comisión Interministerial Interdisciplinaria Investigadora (CIII), tratan de determinar las causas desconocidas e insólitas de la desaparición absoluta de la, hasta hace poco, próspera fuente de riqueza de tantos agricultores y comerciantes.

Los hombres del campo – savia que nutre la nacionalidad y el sano crisol del porvenir– tratan de recuperarse de tan duro golpe. Algunos agricultores que han sobrevivido a esta terrible crisis, y que aún tienen ese espontáneo y a veces cándido amor por la madre tierra, más una fe inquebrantable en el futuro del país, han comenzado en forma discreta algunos tímidos experimentos sobre el cultivo de la aldrupia... Pero como dice el gran escritor inglés Rudyard Kipling, esa es materia para otra historia...

LA NECESIDAD

Por Andrés García Londoño

En ocasiones se ha podido observar que cuando una ballena es herida y no puede nadar, las otras integrantes del grupo se turnan para sostenerla sobre su lomo para que pueda respirar, a veces durante días enteros. A pesar de la afirmación de Hobbes de que "El hombre es lobo para el hombre", lo cierto es que, en el caso de los lobos, la lucha por el liderazgo de la manada rara vez produce víctimas con heridas de seriedad; antes que eso, se trata de una lucha gestual construida sobre ritos complejos, como si los animales supieran que una lucha interna de grandes proporciones únicamente conseguiría lastimar a la manada entera. Si observamos a los leones cazar, descubriremos que el más fuerte es siempre el primero en acercarse a la comida, pero nunca come más allá de sus necesidades y siempre deja suficiente alimento para los demás miembros de la manada, inclusive en épocas de escasez. Los gorilas de montaña, por su parte, conviven en pequeñas comunidades con un macho y varias hembras, donde la ayuda mutua es moneda corriente y la agresión física rara vez ocurre.

Los anteriores son sólo cuatro ejemplos de solidaridad, organización, equidad y convivencia, brindados por cuatro de las especies más cercanas al hombre en la escala evolutiva y, por tanto, en la búsqueda de la Vida por "hacerse inteligente". Muchos hombres y mujeres consideran que la inteligencia ha alcanzado su cima máxima en nosotros; sin embargo, el párrafo anterior es reflejo de una circunstancia que pareciera cuestionar esa afirmación: un gran número de especies animales son capaces de vivir en comunidad, con organizaciones sociales donde predominan la estabilidad, el orden, el respeto e incluso la solidaridad entre los distintos individuos. No tiene que existir un policía de sabana que le diga al león: "¡Ciudadano! Usted ya comió suficiente. ¡Retírese!"; ni tampoco el gorila macho es buen padre porque pueda ser demandado por

penalización alimenticia, en caso de que desatienda a las hembras o las crías. El instinto y la cercanía de otros miembros de su especie son suficientes para que los animales puedan convivir entre sí. Mientras que si abrimos cualquier periódico, descubriremos mil casos que nos revelan la débil costura de las comunidades humanas, donde la estabilidad, el orden, el respeto hacia el otro y la solidaridad, no parecen ser la regla, sino la excepción.

Es importante mirar hacia nuestro pasado. Llevamos medio millón de años sobre la Tierra; medio millón de años desde que el primer hombre, con rasgos que eran una copia casi idéntica del simio, empezara a caminar sobre dos piernas... Hemos vivido largo tiempo, sin duda, pero mucho menos que la mayoría de las especies animales que conocemos. Más aún cuando consideramos que algunas de nuestras características más esenciales sólo aparecieron mucho más tarde: algunos antropólogos calculan que hace menos de cincuenta mil años que somos capaces de hablar, lo que significaría que durante los cuatro mil siglos anteriores únicamente nos comunicamos por medio de gruñidos, resoplidos y ronquidos... Y con música, pues aparentemente utilizamos instrumentos musicales desde antes de aprender a hablar.

Pero lo realmente interesante viene después. Las primeras ciudades humanas aparecen sólo alrededor de hace diez mil años. Hasta entonces habíamos vivido en pequeñas comunidades, generalmente nómadas, que circulaban dentro de un territorio, estableciéndose en un lugar hasta agotar los recursos naturales y luego mudándose a otra locación; más que leyes teníamos mandamientos religiosos, que prohibían muy pocas cosas de índole bastante extrema: el asesinato, el incesto, etc.

El sedentarismo y la convivencia en ciudades es entonces una novedad, pues ocupa apenas el dos por ciento de nuestra vida como especie.



DE LA LEY

Lo que sí ha sido una constante ha sido nuestra insuperable agresividad. Desde hace un siglo sabemos que existieron diversas especies prehumanas, como el Homo Erectus, el Homo Habilis, el Hombre de Cromagnon y el Hombre de Neandertal. Durante varias décadas se ha considerado que desaparecieron simplemente por falta de adaptación, que la línea humana era sólo una y que se fue modificando hasta finalmente llegar al Homo Sapiens. Pero los rastros de dientes humanos en algunos restos descubiertos recientemente han puesto sobre el tapete esta creencia: aparentemente nuestros parientes prehumanos no sólo desaparecieron por su desadaptación al cambio de las condiciones naturales, sino que también las especies prehumanas más avanzadas cazaban a las menos desarrolladas. Es decir, que literalmente nos comimos a nuestros ancestros hasta extinguirlos.

Ahora, en una comunidad pequeña se establecen vínculos muy fuertes entre sus integrantes —que a menudo son familiares—, pues cada miembro necesita a los demás para sobrevivir y el más pequeño conflicto puede perjudicar a la comunidad entera. Por eso las luchas son casi siempre contra personas ajenas a la comunidad, otras tribus, otras aldeas, con las cuales hay que competir por el alimento y

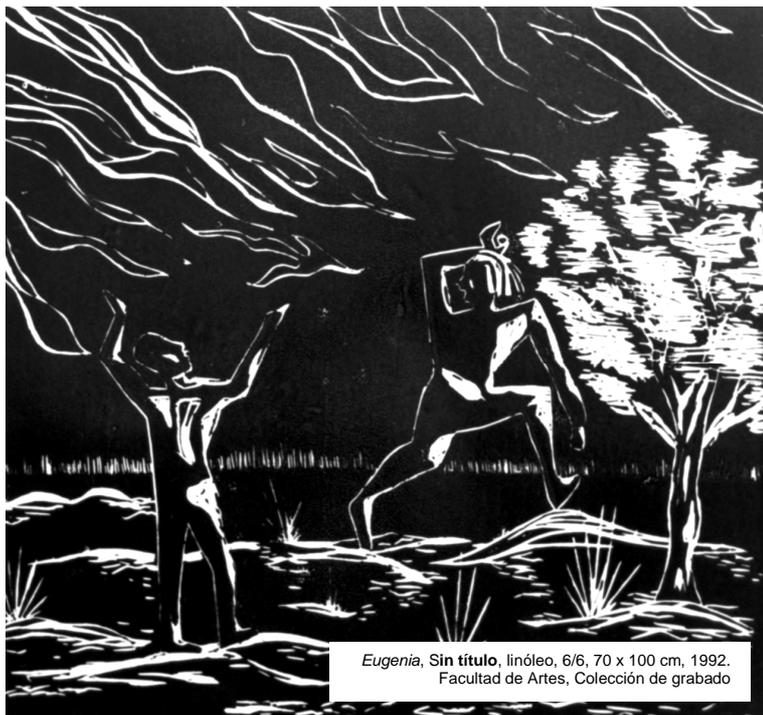
los recursos naturales. Pero ¿qué sucede si una especie tan agresiva como la nuestra decide establecerse en ciudades? Obviamente los lazos interpersonales se debilitan y se hacen frecuentes los conflictos internos.

En una ciudad donde conviven miles de habitantes, ninguno es del todo prescindible y existe un cierto anonimato que resulta imposible en una pequeña comunidad, por lo que no es impensable llegar al asesinato para conseguir lo que el otro tiene y se desea; además, en una ciudad los deberes se hacen confusos pues las tareas se multiplican: ya no basta simplemente con que los hombres se dediquen a cazar y las mujeres a la recolección. Sin embargo, es necesario establecerse en ciudades, pues ya las

La ley es al mismo tiempo una utopía y una necesidad

otras tribus se han organizado, y si la comunidad se dividiese, las demás la aplastarían por su número. Es necesario inventar algo que permita convivir, unas normas claras de organización que permitan a la ciudad funcionar sin caer en la anarquía y defenderse de la agresión de otras comunidades. Surge entonces la Ley.

El código legal escrito más antiguo que se conoce es el Código de Hammurabi, quien reinó en Babilonia de 1795 a 1750 a.C.; es decir, hace un poco menos de cuatro mil años. Sus leyes tienen algunas características principales: cuando no hay pruebas suficientes para declarar inocencia o culpabilidad se somete al acusado a un “juicio de los dioses”; los delitos menores se basan



Eugenia, Sin título, linóleo, 6/6, 70 x 100 cm, 1992. Facultad de Artes, Colección de grabado

en la retribución a quien se ha perjudicado; y los delitos mayores se castigan siempre con la muerte. Veamos algunos ejemplos:

- *Si alguien levanta una acusación contra otro hombre y el acusado va al río y se lanza dentro de él, si se ahoga, el acusador tomará posesión de su casa. Pero si el río prueba que el acusado no es culpable y éste escapa ileso, entonces quien había hecho la acusación será condenado a muerte, mientras que quien saltó al río tomará posesión de la casa que había pertenecido a su acusador.*
- *Si la esposa de un hombre es sorprendida con otro hombre, ambos deberán ser atados juntos y lanzados a las aguas, pero el esposo puede perdonar a su mujer y el rey a sus esclavas.*
- *Si un médico hace un corte profundo durante una operación en el esclavo de otro hombre, y lo mata, deberá remplazar al esclavo con otro esclavo.*

Con el Código de Hammurabi comienza la sustitución de un principio en el que habían creído muchas sociedades primitivas: la justicia imanente; es decir, que quien hacía un mal a otro hombre, más pronto o más tarde sería castigado por los dioses. A partir de entonces la idea de que “la vida tiene su propia justicia” será remplazado por la conocida Ley de Talión: “ojo por ojo y diente por diente”. A partir de entonces la Ley será la soberana de la vida social.

Los códigos legales se adaptarán a los diferentes aspectos de una sociedad y, a su vez, la sociedad se adaptará a la Ley. Un ejemplo de esto es la evolución que nos lleva desde la constitución ateniense al Derecho Romano. Quizás el aspecto más importante de esa evolución es la búsqueda de que sean los humanos quienes juzguen a otros seres humanos, no los dioses. Las Doce Tablas son el primer intento de los romanos por crear un código legal (alrededor de 450 a.C), y, como vemos en los ejemplos siguientes, están a medio camino entre las leyes de las primeras civilizaciones y el marco legal de las sociedades actuales.

- *Si alguien ha amputado un miembro a otro hombre, habrá retaliación. Si alguien ha roto un hueso de un hombre libre con su mano o un garrote, deberá pagar trescientas monedas de oro. Si ha roto el hueso de un esclavo, pagará ciento cincuenta monedas. Si alguien es culpable de insulto, la pena será de veinticinco monedas.*
- *Si alguien es asesinado robando en la noche, es justamente asesinado.*
- *Si alguien es encontrado culpable de dar falso testimonio, será arrojado desde lo alto de la Roca Tarpeya.*
- *Las mujeres no deben llorar o sollozar en los funerales.*
- *Un patricio no podrá casarse con una plebeya.*

Pero aquello que convierte al Derecho Romano en el padre de nuestras leyes, es

la transformación de Roma, que al principio había sido sólo una pequeña aldea en las colinas al pie del río Tiber, en un imperio que controlaba tres cuartas partes del mundo conocido. En una ciudad hay al menos una posibilidad de que alguna vez te encuentres en la calle con otro ciudadano; pero si la extensión del territorio alcanza un tamaño mayor, es seguro que jamás verás a la gran mayoría de las personas que tienen tu misma nacionalidad. Por eso, si antes del imperio romano las leyes habían sido un mecanismo de control y organización, ahora cumplen otra función adicional: identifican a los distintos individuos de una nación como seres que pertenecen a una misma comunidad. En todo el imperio romano la ley era la misma.

Los romanos de la República estaban muy orgullosos de la Ley. Consideraban a su propio gobierno superior al de cualquier monarquía oriental, pues en Roma sólo la Ley era rey. Algo muy dicente de las características principales del gobierno romano, es que las cualidades a que debía aspirar todo servidor público eran “FIDES” y “VIRTUS”: FIDES significaba ser digno de confianza, ser “hombre de palabra”, insobornable; VIRTUS no significaba ser virtuoso a la manera cristiana, sino “actuar como un hombre”, especialmente en asuntos militares y jurídicos. La Ley igualaba y ordenaba, pues todos los ciudadanos, plebeyos o patricios, tenían derechos y deberes; algunos comunes a todos y otros particulares

a la condición de cada cual. No en vano Julio César es asesinado al tratar de convertirse en emperador; pero con la derrota de Casio y Bruto, la República se convierte en Imperio y se hace inevitable la larga decadencia de Roma.

La llegada del cristianismo es indudablemente un retroceso, si se considera a la Ley como la herramienta del gobierno humano. Aunque en muchos asuntos civiles, los distintos países europeos conserven aspectos heredados del Derecho Romano, la ley se mezcla, una vez más, con la religión, y vuelve a instituirse el "juicio de Dios", que se conservará en tradiciones tan variadas como los lances de caballeros para decidir la culpabilidad de un noble, el uso de pasajes de la Biblia como argumentos legales válidos, y los juicios de brujas. Un dato curioso de esta situación es el hecho de que en la Edad Media casi todos los Papas fueron también abogados; la frontera entre ley humana y mandamiento divino se hizo difusa hasta desaparecer. En esa época serán los pueblos bárbaros quienes hagan los mayores aportes; después de todo el sistema de jurados es un invento vikingo.. Por eso, en cierto modo, a excepción de algunos documentos como la Carta Magna britana, podemos decir que los más de mil años desde la caída de Roma hasta la Revolución Francesa, son

mil años donde la evolución del Derecho se duerme.

La Ilustración lo cambia todo. Las leyes se empapan de humanismo. Los principios de Igualdad, Libertad y Fraternidad nos ilustran de la manera más ferviente la nueva búsqueda de una justicia humana, no divina, cimentada en bases de nuevo cuño como la igualdad de los hombres ante la ley. La separación entre Iglesia y Estado, la división entre el Derecho Penal y el Civil, la presunción de inocencia, se afirman en esta nueva visión de la Ley. Nada nos muestra más claramente esto que el principio de la duda razonable: si no hay suficiente evidencia, se declarará al acusado inocente; no se le tirará a un río para que los dioses decidan si es o no culpable. La Razón es la nueva señora de la Ley.

Pero entre todos los aportes de los últimos dos siglos hay uno que destaca: la necesidad de que cada país tenga una Constitución y ésta sea la ley de leyes, el modelo sobre el cual se construirá el marco legal de una nación. Aunque ya había constituciones en la

antigüedad clásica, sólo en los últimos doscientos años la idea de una constitución para cada nación ha alcanzado la preponderancia de nuestros días. La Constitución debe contener la "personalidad ideal" de un país, sobre la cual construir nuevas realidades y adaptar las ya existentes. Esto viene relacionado con una nueva función de la Ley, casi del todo desconocida por las primeras sociedades: la Ley ya no debe sólo juzgar el pasado y modelar el presente, debe también prever el futuro. Ahora la Ley debe anticiparse a las necesidades y al crecimiento de la comunidad, debe ser dinámica y adaptable, antes que inflexible y eterna. Aun así, a pesar de esta larga evolución, para muchos Ley y Justicia son palabras antónimas, pues cada una contradice a la otra. ¿Cómo no pensarlo cuando vemos que el mayor ladrón es quien mejor defensa tiene, pues es quien puede pagar los servicios del mejor abogado? ¿Cómo no opinar así cuando vemos los mil atropellos que se cometen cada día en nombre de la Ley? ¿Cómo no creer en ello cuando el justo tan a menudo es castigado y el culpable absuelto?... Sí, puede ser del todo cierto que Justicia y Ley sean cuando más primas lejanas, pero también es cierto que la historia de nuestra



(Detalle) Osar Rodríguez, *Sofía II*, linóleo, 1/6, 70 x 100 cm, 1992. Facultad de Artes, Colección de grabado

especie nos demuestra que sin leyes no podríamos haber construido nuestra civilización. Sólo por medio de la Ley, que limita las libertades individuales para garantizar las libertades colectivas, es posible el progreso.

Todo lo que se ha dicho nos lleva a una conclusión: la Ley es al mismo tiempo una utopía y una necesidad. La Ley es un hecho real construido con los materiales de un sueño –la Justicia– y por ello es en sí misma una contradicción. Pero es una contradicción sin la cual no podríamos

vivir... Al menos hasta que maduremos y obtengamos con la inteligencia lo que otras especies animales consiguen sólo con el instinto: comunidades donde la solidaridad, la organización, la equidad y la convivencia sean la regla y no la excepción.

LAS UTOPIÁS

de la Constitución

Por Carlos Gaviria Díaz

Uno de los más serios cargos que a menudo le formulan a la Constitución del 91 sus malquerientes –no sus críticos–, consiste en que “es muy utópica”... Vale la pena hacer la digresión sobre el asunto. Empiezo preguntando: ¿Y es que podría no serlo? Y respondo provisoriamente: ¡Imposible!... Veamos por qué.

Karl Mannheim*, quien se ocupa del fascinante tema de la utopía, afirma – y justifica su aserto– que ella no es lo mismo que el sueño candoroso o la fantasía desbordada sobre una sociedad óptima (inalcanzable), sino que presupone una drástica contradicción con la realidad presente. Lo que pretende la utopía es trascender una situación histórica, buscando ingredientes que en ella se echan de menos. De acuerdo con su contenido etimológico, utopía es *lo que no tiene lugar*, pero puede llegar a tenerlo y parece deseable que lo tenga. En ese sentido, ¿cómo podría no ser utópica la Constitución del 91, si fue expedida, precisamente, para tratar de erradicar lastres incompatibles con la vida civil y superar carencias vergonzosas?

Con ejemplos puede entenderse mejor lo que digo. Creo que tres bastan:

1. El artículo primero establece que la *solidaridad* es uno de los fundamentos del Estado colombiano. Si el principio tuviera plena vigencia entre nosotros, sería no sólo innecesario sino redundante que la Constitución lo reiterara. Pero el constituyente juzgó conveniente proponerlo como una meta altamente deseable, en contrapunto con el egoísmo generalmente reinante. ¿Estuvo por eso descaminado el constituyente? Me parece que no.

2. El inciso primero del artículo 13 reproduce el dogma político de la igualdad originaria de todos los hombres ante el derecho. Pero el segundo propone como meta una

igualdad efectiva que el Estado debe buscar, promoviendo las condiciones propicias y adoptando medidas a favor de grupos discriminados o marginados. Perseguir ese propósito implica el reconocimiento de que no se ha alcanzado todavía, pero que resulta valiosa su prosecución. ¿Es insensata la directiva impartida? Francamente pienso que no. ¿Es utópica? Creo que sí y allí radica su valor.

3. El artículo 22 (quizás único en el mundo) dispone que “La paz es un derecho y un deber de obligatorio cumplimiento”. ¿Qué pretendió el constituyente del 91 con esa directiva que pone de mal humor a los más conspicuos exponentes de la ortodoxia constitucional? Algo tan simple como esencial: hay que alcanzar la paz (meta aún lejana), porque ella es la condición para que el ambicioso catálogo de derechos fundamentales, económicos, sociales y culturales no sea literatura huera. Porque en medio de la violencia inclemente que nos abrumba, nadie puede afirmar su condición de sujeto moral, titular de derechos y destinatario de obligaciones, que el propio Estado no está en capacidad de garantizar ni exigir.

¿Utópico? Claro que sí. Pero, ¿cómo prescindir de esa utopía? Paradójicamente, es el más honesto realismo el que la señala como inevitable.

*Ideología y Utopía. F.C.E.



(Detalle) Eugenia, Sin título, linóleo, 6/6, 70 x 100 cm, 1992. Facultad de Artes, Colección de grabado



MAURIZIO POLLINI: ENTRE LA LÍRICA Y LA TÉCNICA

Por
Beatriz Elena Mejía Mejía
Jefe, Departamento Emisora Cultural

“Chopin representa al pianismo vivo, al compositor que mejor ha sabido, en toda la historia, fabricar música especialmente concebida para el piano romántico...”

Maurizio Pollini

A quienes la música para piano les permite un encuentro íntimo y profundo con el arte, y con la vida...

Talento, rigurosidad y discreción, son, tal vez, los adjetivos que mejor definen a Maurizio Pollini, uno de los más brillantes pianistas de los últimos tiempos, y de los concertistas que mejor han interpretado la técnica y el espíritu de la música del compositor polaco Frédéric Chopin. Su prodigiosa ejecución del piano le hizo merecedor, en 1960, del primer lugar en el Premio Chopin de Varsovia, considerado, entre los certámenes pianísticos, como uno de los más importantes de cuantos se celebran en el mundo.

Durante toda su vida, Maurizio Pollini ha permanecido alejado de los círculos sociales más frívolos, en los que se inscriben muchos artistas. Su preocupación nunca ha sido la

de cumplir una apretada agenda de conciertos que le garantice figura permanentemente en el firmamento de las grandes estrellas; por el contrario, una inquietud constante por la ética y por la estética del arte lo ha obligado a dedicar largas jornadas a la meditación, al estudio de la música, al conocimiento riguroso de las obras y de los grandes compositores, y al encuentro consigo mismo.

De sus demás actividades poco se conoce; lo que sí es cierto es que estuvo íntimamente comprometido en la lucha social y política contra todo tipo de opresión; esta posición lo llevó a participar, de manera activa, en la realización de conciertos en cárceles y fábricas, en los que condenó abiertamente, y en compañía de otros músicos, acciones violentas como los bombardeos norteamericanos a Vietnam.

Amigo de grandes músicos italianos, entre ellos se destacan sus cercanas relaciones con el director de orquesta Claudio Abbado y con el compositor Luigi Nono, con quienes desarrolló, en la década de los setenta, un programa social, organizado por La Scala de Milán, cuyo propósito era acercar el arte a los habitantes de los sectores menos privilegiados de la sociedad.

De los primeros años de vida de Maurizio Pollini no se conocen, con exactitud, muchos datos. Nació en Milán el 5 de enero de 1942. Su familia profesó siempre una gran admiración y un profundo respeto por el arte. Su padre, arquitecto y aficionado al violín; su madre, cantante y pianista, descubrieron, a muy temprana edad, la

sensibilidad y el talento que demostraba por la música. A los cinco años inició clases con maestros particulares. Sus avances fueron tan evidentes y determinantes que, al poco tiempo, los padres encargaron la continuación de sus estudios a Carlos Lonati, uno de los más prestigiosos maestros del Conservatorio de Milán, donde, años más tarde, adelantó estudios de composición y de dirección orquestal. Y fue, por esta última área de formación, que, en 1982, Pollini debutó como director de la ópera *La donna del lago* de Gioacchino Rossini. Sin embargo, la experiencia nunca se repitió debido a que, según él, la dirección requiere tantas horas de estudio y dedicación como el piano, y él se había decidido, desde años atrás, por el instrumento romántico por excelencia. La falta de precisión sobre los acontecimientos importantes sucedidos en su infancia no permite detallar la fecha en la que Pollini ofreció, en su ciudad natal, el primer concierto; aunque todo parece indicar que fue entre los nueve y los once años de edad.

Uno de los momentos que merece mayor atención en la vida de Maurizio Pollini es, sin duda, su deslumbrante participación, en 1960, en el Premio Chopin de Varsovia, un concurso musical que se realiza cada cinco años y que convoca, por su prestigio, por su alto nivel de dificultad, y por la calidad excelsa de sus jurados, a todos los jóvenes aspirantes a concertistas, para que prueben su talento y su formación pianística.

Cuando Pollini participó tenía 18 años y venía de obtener, en 1957, el segundo lugar en el Concurso de Ginebra (en esa ocasión el primer puesto fue declarado desierto), y el primero en el prestigioso Concurso Ettore Pozzoli, de Seregno. Vale precisar que quien gana el Premio Chopin de Varsovia (con un programa totalmente integrado por obras del compositor polaco), o quienes, por lo menos, llegan hasta las últimas eliminatorias, son considerados como pianistas altamente calificados.

Para 1960, el presidente del jurado era Artur Schnabel, una de las más grandes leyendas del mundo del piano, quien, en alguna oportunidad dijo: "Si bien alguno de los

concurso estaba, cuanto menos, casi tan bien dotado técnicamente como Maurizio Pollini, desde el primer momento el joven milanés demostró una superioridad absoluta respecto del resto de ellos".

Quienes participan en el Premio deben efectuar un recorrido exhaustivo por las obras de Chopin; desde Preludios y Nocturnos, hasta Polonesas y Conciertos; las pruebas más complejas son, a juicio de muchos, las relativas a los Estudios y a las Mazurcas. El propio presidente del jurado confesó alguna vez que, a lo largo de su carrera, había ejecutado bien, tan sólo, algunos de los Estudios; otros, de un modo regular; y que ni siquiera lo había intentado con el resto. Asunto parecido sucedió con otro destacado intérprete de Chopin, el fallecido pianista Vladimir Horowitz, quien confesó que, de los veinticuatro Estudios del compositor polaco, tan sólo había interpretado, en público, nueve o diez. Y Arturo Benedetti Michelangeli, poseedor de una de las más elevadas técnicas pianísticas, en una actitud de claro respeto a la dificultad tocó, en concierto, sólo cuatro o cinco obras de este género.

Pollini eligió, para concursar, cuatro de los más complejos Estudios (op. 25 no. 10, op. 25 no. 11, op. 10 no. 1 y op. 10 no. 10), tanto así que, para triunfar en su interpretación, se precisan un solista técnicamente preparado y un concertista en potencia. Aparte de destreza, elasticidad, fuerza, y resistencia física, el aspirante debe conocer perfectamente las obras de Chopin, y contar con unas extraordinarias capacidades de análisis y de dominio de las facultades expresivas. A título de ilustración, durante la interpretación del Estudio op. 10 no.1, que exige una extrema agilidad, Pollini tocó mal solamente seis notas de las mil doscientas tres que ejecutó con la mano derecha en un minuto y cuarenta y cinco segundos. En cuanto a las Mazurcas, diametralmente opuestas en sus características a los Estudios, la interpretación fue magistral, en especial la Op. 50 no.3, convertida en hito, gracias a la inolvidable exhibición de genialidad que con ella hiciera Horowitz.

Pollini, quien demostró abiertamente toda

su capacidad recreadora y su inmenso talento sin dejar lugar a dudas, recibió el primer puesto en un concurso reservado para los más grandes pianistas y concertistas del mundo.

Gracias a este triunfo, Pollini recorrió, durante todo el año siguiente, diversos países. En este tiempo ratificó su talento, y grabó un disco en Londres en el que interpretó el Concierto número no. 1 de Chopin. No obstante todo el éxito que alcanzó, el público y la crítica percibieron en él un cansancio que lo llevó a retirarse, sin desaparecer, "a escuchar música, y a meditar", según sus propias palabras.

A partir de su reaparición en 1965, el músico hizo evidente su decisión de no ofrecer más

de cincuenta conciertos al año.

En cuanto al repertorio, además de la música de Chopin, incluye obras de la tradición pianística clásica y romántica de compositores como Mozart, Beethoven, Schubert, Schumann y Brahms; y del género contemporáneo, del que es un gran conocedor. Ha interpretado magistralmente a Shonberg, Webern y Stockhausen.



Maurizio Pollini es un músico virtuoso, un artista completo, un ser humano comprometido, y un hombre capaz de interpretar las más intensas notas con una impecable técnica pianística. Es uno de los grandes músicos y concertistas de pasado siglo.